

# EL AMIGO DEL OBRERO

Órgano de los Círculos Católicos de Obreros  
Homenaje á Cristo Redentor y á su Augusto Vicario en las postrimerías del Siglo XIX

## PRECIOS DE SUSCRICION

En la Capital (por mes) \$ 0.20  
En campaña (semestres adelantados) 1.20

Las personas que tomen 10 suscripciones, recibirán 2 números de regalo, y así sucesivamente en la misma proporción.

## REDACTORES

TOMAS G. CAMACHO Y LUIS PEDRO LENGUAS

APARECE LOS DOMINGOS

## ADMINISTRACION

CALLE URUGUAY NUM. 180

## PUNTOS DE SUSCRICION

Círculo Católico de Obreros, calle Minas 240; Despacho Parroquial de la Aguada y Confrería de la Catedral, Ituzalagó 173.

Rogamos á nuestros suscritores se sirvan dirigir las quejas á dichos puntos.

No se pague nunca recibo que no lleve el sello de la Administración.

ADMINISTRACION  
Calle Uruguay 180—Montevideo  
—1900—  
HORAS DE OFICINA  
9 A 11 A. M. — 2 A 5 P. M.

## El Amigo del Obrero

MONTEVIDEO, 9 DE DICIEMBRE DE 1900

## EL CATOLICISMO A FINES DEL SIGLO XIX

### VITALIDAD PRODIGIOSA

El ministerio de la Iglesia universal, en bien de la sociedad, se ejerce sobre todo eficazmente por medio de su gerarquía, á la cual está confiado el gobierno de las iglesias particulares, la santificación de las almas, la conservación y la difusión de la fé. Por lo que á esto respecta, el incremento, al expirar este siglo, resultando, por decirlo así, con luz portentosa.

La gerarquía, católica, después de tres siglos y medio que estaba extinguida, ha sido restablecida por los Sumos Pontífices Pío IX y León XIII en Holanda, Inglaterra y Escocia; ha sido creada y ordenada en la Península Ibérica y en las indias británicas, sin contar la mayor parte de los Estados Unidos de América, donde florecen catorce sedes metropolitanas, con setenta y seis sufragáneas.

La Australia que hace sesenta años, contaba un solo y simple sacerdote, cuenta ahora cinco arzobispos, doce obispos y cinco vicariatos apostólicos.

La gerarquía católica romana que cuenta hoy en el mundo 1300 cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos y prelados que tienen jurisdicción, con más de 60 prefectos apostólicos, repartidos por los países más bárbaros é inhospitales, durante el siglo XIX se aumentó de más de una cuarta parte. El solo Pontífice León XIII durante su Pontificado ha erigido 206 entre sedes, vicariatos y prefecturas.

En ninguno de los siglos anteriores el organismo vital de la catolicidad, que es la gerarquía, se ha desarrollado y ampliado con tan rápido y admirable acrecentamiento; á pesar de los esfuerzos poderosos para contrarrestar sus divinas influencias, y contra los deseos y predicciones de aquel sector coracado que afirmaba á mediados del siglo que la tibia del Vicario de Cristo se debía reducir á unos humedades y se había decretado en las reuniones de la masonería que el catolicismo se había de sofocar en el fango.

Pero en un cuerpo moral tan vasto como es la Iglesia Católica, la fuerza no puede provenir tan solo del número de los miembros; proviene mucho más de la conexión de estos entre sí, señaladamente con la cabeza que es centro de la vida y esto es lo que el expirar nuestro siglo aparece con brillo inmenso en el catolicismo, y es más maravilloso aun que su gerárquico incremento.

Según lo hemos hecho notar varias veces, jamás se ha manifestado tan perfecta unión de espíritu, de doctrina y acción de la gerarquía mayor y menor y de los verdaderos fieles entre sí y con el Romano Pontífice como en la edad presente.

Mientras Dios ha permitido que de afuera, esto es, de la turba de enemigos de todo género, la Iglesia fuese perseguida en todo su organismo, en sus iglesias, en sus derechos, en sus bienes y en la libertad de su jefe; con palpable providencia impedía que estallaran dentro divisiones y revueltas. La tranquilidad interior de la Iglesia Católica en medio de tantas persecuciones, injurias y seducciones, y su afán en estrechar la unión con el Papado, y ayudarlo, defenderlo y glorificarlo, es tal vez el milagro del siglo XIX; milagro que, con mayor claridad y fuerza que otros, revela la obra de Dios. Este hecho es tanto más conspicuo, cuanto que en todas partes, fuera del catolicismo, la soberbia de la razón enloquece, los partidos se dividen y debilitan, levantándose unos contra otros, los estados viven de rencores, los frenos de la autoridad se despedazan y la unión social de las naciones viene desvaneciéndose interiormente. Por lo cual quien estudia con atención las huellas de la civilización contemporánea y mide las fuerzas que se disputan la preeminencia, se ve obligado á deducir que en un próximo futuro ésta será infaliblemente del catolicismo. Puesto que el poco á poco, acumula en sí una incommensurable potencia de fuerzas renovadoras de aquella vida social, que por todas partes se va disolviendo; por manera que, como en los tiempos de las invasiones bárbaras en el viejo mundo civilizado, él de por sí se salvará, hará suyo y salvará cuanto de nuevo y de viejo quede por salvar.

—Tím.

## QUISICOSAS

### Otro filósofo

A diferencia del famoso cometa Biela, tan pregonado y tan temido con la numeración de los múltiples silbidos y cataclismos que nos iba á traer y no nos trajo; apareció un filósofo en Guadalupe, sin anunciarlo nadie, porque á la verdad no valía la pena, pero haciendo, eso sí, muchísimos destrozos de muchísimas cosas, y metiéndose de rondón en cosas más disparatadas, y diciendo: aquí estoy hecho un Diógenes de diez y ocho primaveras, metido como un galápago, en el tonel de la ignorancia y del cinismo, y dispuesto á lanzarme linternas en mano, por esos mundos de Dios, desde las columnas de "El Plata", en busca de un solo hombre, que tenga paciencia de escuchar mis dislates.

Claro es que el filósofo O. I. R. (lo llamaremos Cir, para abreviar) no dice eso; pero es la verdad.

Y así analicemos un artículo, (neutro) que salió en "El Plata" del 2 de este mes, el cual periodiquita demuestra tener muy buenas tragaras, al publicar en sus columnas muchas, pero muchas...

El artículo, lleva por vía de epígrafa, las siguientes palabras del doctor Thompson (valiente santo Padre) que, como banderillas de fuego, los cayeron á muchos liberales.

"Los orientales son muy cobardes en materia de religión."

En el primero y segundo párrafo del filósofo Cir, no dice nada; se lamenta de "los progresos, degradadamente palpables, que hacen en nuestra patria, las absurdas (¡¡¡oh!!!) y retrógradas, (¡¡¡ah!!!) doctrinas clericales." (¡¡¡ji, ji!!!).

Pero, señor, parece mentira, como un hombre tan sabio como el filósofo Cir, tenga también sus dolores, es decir, en lo que no entiende, y en vez de ir hacia adelante, marcha como el cangrejo, hacia atrás.

Disculpe, señor Cir, esta lección que no retrogrado como yo, le da á un retrógrado: como usted.

El párrafo que sigue, empieza con un disparate que yo, no se lo achaco al señor Cir, sino al señor cajero de "El Plata".

"Ella, que fueron las culpables... serin la causa..."

Hable en él, del Arzobispo, y del malogrado Varela, y qué sé yo, de qué cosas más.

"Y sea así", dice Cir, futo del trabajo constante é inteligente de uno de los prohombres de nuestra historia, que elevó la instrucción y convicción social de esta República á un grado igual ó superior (¿Qué? ¿No rebase usted nada? Me gusta este mozo, por lo patriótico) al de las más adelantadas del mundo, está hoy (¡¡¡histia grauel!!!) casi del todo suplantado por la dominación que la gente negra (¡¡¡qué chispa!!!) Hago moción para que en la Villa de Guadalupe, se ponga una fábrica de corrilas; pose abunda el fósforo) extendiendo gradualmente su dominación."

Pero venga usted acá, cristiano de Dios: gente negra, como suena, quiera decir, gente que pertenece á la raza etíope.

Ahora, usted habrá querido decir, gente de negra vestidura; y en ese caso están tantas señoras y caballeros que visten de negro, que es un color muy serio, los que están de luto, y los arcordantes también; y por quererle á poner un mote de mal género á estos, ha estampado usted una bolada de buen calibre.

Señor Cir, con sus noveladas, me hace acordar á cierto joven, que puelo que usted conozca, llamado Cesar L. Rossi, que sino estoy mal informado, le dió también por inventar moles muy graciosas, y empujar con ellos un discurso de un kilómetro y medio de largo, donde entre muchas sandeces, se insultaba á los hombres de polleras.

"Los minadores en las sombras; los que solo ambicionan recobrar el mando del mundo; los que forman un partido político universal con la dirección en Roma, y un credo adoptado á la actuación de cada país, no dejarán de luchar hasta que triunfen ó caigan para siempre."

"Quantísimo dislate en tan poco espacio! Minadores en las sombras! No, hombre, si no nuestros tiempos pueden venir los que quieren, hasta los mozos liberales, con tal de que no vengán á meter farra como acostumbraban."

Además, señor Cir, quisiera usted decirme que es ese mando del mundo-partido político universal—y sobre todo eso decir un credo ad. plato á la actuación de cada país?

Si será todo eso, algo como el retrógrado, de arriba... "se puede asegurar que hoy, solo en el siglo existe Varela en la mayor parte de nuestras escuelas."

—Tím.

Hombre! hombre! Y cómo quiere usted que existiera? En cuerpo y alma? Yonac, yon; dice un refrán vasco, los días, días; al señor Varela, le tocó también irse: ¿se pensaba usted que se quedaría para siempre?

Pero vamos, lector amigo; el artículo sigue con el mismo rumbo, sin norte, ni brújula, y como ya no tengo ni paciencia, ni tiempo, ni espacio; por estas tres razones, de las cuales con cualquiera sobra, te ruego me desdespidirme por esta vez, hasta otra, de mi apócrifo filósofo Cir, de quien me honro en ser retrógrado pero firme servidor.

### El Mudo.

## En el Colegio-Seminario

### A GRANDES RASGOS

Solo así, lectores míos, puedo decirles algo de la magna fiesta, con la cual cierra sus clases ordinarias el Colegio-Seminario, y en cuyo acto discurrir el merecido lauro á los vencedores gloriosos en las nobles lides de la inteligencia.

Y qué justamente ufanos estaban los bravos vencedores!

Y por qué no entrar en detalles, dirá el lector, tratándose de una fiesta de tanta importancia y de tanto alcance, y simpática resonancia en el seno de nuestra sociedad?

Precisamente por eso, mi obsequio lector. Tratándose de un conjunto armónico, en el cual los más mínimos detalles revisten capital importancia y despiertan general interés, casi es desvirtuar sus magnas proyecciones querer reducirlos y encerrarlos en los estrechos límites de una crónica. Pero ¿por qué no hablar por ejemplo del magnífico golpe de vista que daba al salón de actos la sencillez y sobria elegancia del adorno, la profusión de luz, la artística exposición de cuadros, obra de los mismos alumnos? ¿Por qué no hacer resaltar el mérito de los trabajos literarios, la acatada ejecución de los mismos, y los aplausos que sus autores cosecharon? Y la concurrencia tan selecta y distinguida y tan numerosa? Voy á decirle, lector, todas estas, que bien merecieron allí el dictado de magníficas realidades, añadido el brillo que resultó en los detalles y en el conjunto, ahorrando mucho espacio, quería abarcarlas en una pluma diciendo que se trataba de la distribución final de premios en el Colegio-Seminario, bajo la sabia dirección de los Padres de la Compañía, y frecuentado por los hijos de las más distinguidas familias de nuestra sociedad, y todo se presupone, dada la competencia de tan sabia dirección y la distinción de los alumnos que frecuentan sus aulas.

Y de la música? Huelgan las apreciaciones cuando sepa el lector que la dirigía el maestro Calvo y algunas producciones eran hijas de su inspiración, compartidas con ella la dirección del maestro Pérez Bidia.

Un pequeño detalle me llamó la atención y quiero hacerle notar.

Un elegante álbum, que ostenta en su portada un cliché del Seminario, y en sus páginas, como perenne tributo á la constancia é hitalgua, os fotografías de aquellos alumnos que durante el curso escolar han sabido conservar los puros de honor, manteniéndolos en ella á pesar de la justa y noble emulación de sus compañeros. Un "bravo!" á ellos, mi querido lector, y una sincera felicitación á sus queridos padres, que pueden fundar en esos pedazos de su corazón halagados esperanzas.

Conservaré el precioso folletito en señal de admiración y cariño, y cuando la sociedad de mañana aplauda sus producciones, almiro su talento, su bombismo, los vea brillar en la meditación, en la abogacía, en las artes, etc., poder decirle: "Lo esperábamos: hélos aquí: son los mismos que desde su niñez, desde su juventud, supieron cultivar con los gloriosos pliegues de la bandera del honor, de la alnegación y de la virtud y no sabían ceder á nadie el primer puesto en tan nobles y gloriosos torneos del saber y de la virtud."

Gloria á los queridos y sabios directores del Colegio-Seminario y honor eterno á sus aventajados alumnos, que sabrán merecer bien de la Religión y de la Patria, y á sus hogares benitos que en ellos pueden fundar consoladoras esperanzas!

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

terales y las lámparas recién encendidas seme-  
jaban pupilas ardientes velando la casa de  
Dios.

Un silencio profundo, convidaudo á piadosas meditaciones, había tomado posesión del sagrado recinto; de vez en cuando el discreto paso de algún empleado del templo, el vibrar de una cuerda en el órgano ó el suave murmullo de una plegaria interrumpía breves momentos la religiosa quietud. Contemplada la catedral á la tenue claridad que reinaba, adquirían fantásticos proporciones los primeros de arquitectura; hubiérase dicho que un soplo de vida comunicaba extraño movimiento á las flores y follajes de las coralsas y chapiteles y á las imágenes en sus doradas hornacinas.

En un templo solitario se eleva más el espíritu y se le expone el alma el pido de deo que hizo exclamar á los apóstoles en la cima del Tabor:

"¿A qué volver á la ciudad, maestro? Estamos bien aquí!"

Solo una capilla profusamente iluminada, dejaba escapar brillante foco de luz, que se extendía en el mármol pavoroso: venerábase en ella una imagen de la Virgen tenida en gran veneración, y la piedad de los fieles, mostrábase generosa en adorar y embellecer su altar; apesar de la crudeza del tiempo, gran cantidad de olorosas flores formaban perfumado trono á la rosa de Nazareth y llenaban el ambiente de penetrantes aromas.

De pronto el áspero ruido de unos gruesos zapatos, que parecían arrastrar sobre las baldosas, despertó los dormidos ecos é hizo volver hacia atrás la cabeza á los devotos que permanecían entregados á sus piadosas oraciones.

Un niño apenas de cinco años atravesó ligero como una flecha en dirección á la capilla de la Virgen; calado en risos hasta los hombros la rubia cabellera y llevaba en la mano una buena de paño negro; algunos copos de nieve blancueban sobre su blanda cabellera oscura: al llegar al radio de la luz, avanzó hasta la dorada varja colocada delante del altar, y una vez allí se arrojó, cruzó las manecitas amoratadas por el frío, levantó hacia la imagen sus grandes ojos azules como el cielo, y exclamó en un amarguísimo sollozo:

"¡Yo os saludo, María madre de Dios!"

Guardó luego silencio, esperando sin duda que la Virgen le contestara, pero viéndola muda y sonriente continuó:

Soy Esteban, el pequeño Esteban, que vivo en la calle Santa María número 13, solitancado de la izquierda. Vengo á visitarlos todos los domingos con mamá y ella me ha dicho que escuchéis siempre nuestros ruegos y que vos desde el cielo todo lo que pasa en la tierra; pero estoy seguro que hace dos días la nieve que cae os ha impedido mirar del lado de nuestra casa, ¿no sabeis lo que pasa en ella?

Con la manga de su blusa enjugó sus lágrimas, suprió y prosiguió luego:

Tengo una pata muy grande... Mamá ha salido y nadie quiere decirme donde fué... Anteayer corrió como el viento, como de costumbre... yo le subí las agujas, y ella me contaba historias tan bonitas... Decíame que si era bueno, volvería. No sé que es Dios, vendría á visitarme esta noche, y que entraría por la ventana, por el hueco de mis zapatos juguetes, bombas de la raya y se las llevaría de chocolate. ¿Qué alegre me puse al oírlo!

Por la noche me acosté temprano, porque no había visto en la lámpara, y me dormí arrollado por mis sueños... Pero cuando desperté era ya tarde, el sol entraba en nuestro cuarto, y, sin embargo, mamá no se había levantado. La lloré y no respondí; salté solo de mi cama y fui á buscarla: una mano que caía de un lado... ¡qué fría! como la piedra. Quise abrirla, pero me dio miedo, como ella hacía conmigo, y no pude abrirla... Me subí sobre el lecho, y vi á mamá dormida con la boca entresabiada... pero tan blanca, que no parecía ella... Volví á llamarla; á gritar; tampoco despertó... entonces corrí á buscar á los vecinos... todos se habían ido al trabajo, y las puertas de sus habitaciones estaban cerradas... solo quedaba la señora Matea, la anciana trapería del patio interior... Cuando lo vi como estaba mamá me miró de alto abajo y me dijo:

—Hijito, hace falta que vengas conmigo á casa del inspector de policía.

Me negué á ir allí; los hombres malos son los que tienen que hacer con la justicia... Me abrazó á la cama de mi madre y no consentí en repararme de ella. Matea salió y volvió junto con dos señoras, que primero miraron á mamá, después de nuestro cuarto, y por último me preguntaron si tenía padre, parientes ó amigos.

—No, no—respondí—no tengo nadie, ni conozco á nadie más que á mamá. Despertada, por Dios... me da miedo un sueño tan pesado.

Los señores no me contestaron, Virgen Santa; hablaban entre sí muy bajo y luego con la trapería... Pero abrieron todos los cajones de la cómoda, y leyeron cuantos papeles encontraron...

—Vamos á concluir con la madre, y después nos ocuparemos del chico, dijo el más alto.

Y dirigiéndose á nuestra vecina, añadió:

—¿Os quedareis aquí?

—Sí, señor—respondió Matea—cuidaré de los dos.

Los señores salieron con ella, y me quedé solo al lado de mamá; ya no tenía miedo, y apretaba su mano con las mías para calentárselas; pero se me helaban y nada conseguía. Matea volvió pronto; traía dos velas; púsolas á los lados del lecho, y las encendió... Yo le dije que era de día, y cuando mamá despertara se iba á enfadar... Sin atenderme, sentóse en una silla y me mandó rezar y callar. Estuve mucho tiempo sin moverme; después temperé á llorar porque tenía hambre; la anciana me dió pan y un racimo de pasas... Llegó la noche y mamá seguía dormida, y yo me caía de sueño... Desperté esta mañana en el oscuro y sucio cuarto de Matea, acostado sobre un montón de harapos y tirando de frío... Grité, llamando á mamá todo el tiempo que pude, porque tenía miedo otra vez... un miedo muy grande de estar solo; pero nadie me respondió... Quiéreme salir y hallé la puerta cerrada... En fin, Matea volvió acompañada del caballero alto, y se pusieron á hablar... Como no se ocupaban de mí, me dediqué fuera, y corrí á nuestra habitación... La cama estaba deshecha, y mamá no aparecía... Dos hombres pagaban tiritas de papel sobre los cajones de la cómoda y la puerta del armario... Les pregunté donde se habían llevado á mamá, y me respondieron que estaba muerta... ¡Muerta! ¿Y qué es morir? No lo sé, y ellos no han querido decirme... ¡Si tenían cara de malos!

Y levantando su rostro angustiado y bañado en lágrimas á la imagen de la Virgen, añadí:

—¿Vos madre mía, que sois buena, decidme donde hay que ir para encontrar á mamá...

No quiero quedarme con la anciana Matea, y me he escapado para venir á buscaros... ¿Me oís, María, Madre de Dios?

—Si te oye, hijo mío—murmuró una voz argentina á espaldas del afligido niño.

Volvióse á espaldas rápidamente, y vió una señora vestida de luto, arrodillada junto á él, que la sonreía dulcemente, y cuyos ojos estaban llenos de lágrimas: tenía la cara muy hermosa, y la voz tan dulce que llegaba al corazón.

—¿No te doy miedo? le preguntó.

—¡Oh! no señora, respondió Esteban.

Mas aferrado á su idea fija, mostró á la señora la imagen de la Virgen y preguntó á su voz:

—Si me oye, ¿por qué no contesta á lo que le digo?

—Porque me está hablando á mí.

—¿Y qué os dice?

—Que es preciso que to quiera mucho y reemplazo á tu madre, que, como el hijo mío, ha partido para el gran viaje de la eternidad.

—¿Y cuando volverán de ese viaje?

—Nunca; nosotros somos los que iremos á reunirnos con ellos, cuando sea voluntad de Dios...

—Entonces pronto, pronto, señora...

—No pidas nada... Ven conmigo; te enseñaré y me consolaré.

Y apretando al niño contra su pecho agitado por la emoción, levantó hacia la imagen, que parecía sonreírle, sus llorosos ojos, y murmuró sollozando:

—María, Madre de Dios, consoladora de afligidos; os prometo educarlo y hacerla el hijo de mi corazón, ya que plugo al Señor llamar á sí al hijo de mis entrañas... ¡Que su voluntad se cumpla y la vuestra también!

Después, levantándose, tomó á Esteban de la mano, cruzó el templo, salió á la calle y lo condujo hasta un hermoso carruaje que aguardaba, y que irrancó ligero como el viento, llevándose á los dos.

Los señores salieron con ella, y me quedé solo al lado de mamá; ya no tenía miedo, y apretaba su mano con las mías para calentárselas; pero se me helaban y nada conseguía. Matea volvió pronto; traía dos velas; púsolas á los lados del lecho, y las encendió... Yo le dije que era de día, y cuando mamá despertara se iba á enfadar... Sin atenderme, sentóse en una silla y me mandó rezar y callar. Estuve mucho tiempo sin moverme; después temperé á llorar porque tenía hambre; la anciana me dió pan y un racimo de pasas... Llegó la noche y mamá seguía dormida, y yo me caía de sueño... Desperté esta mañana en el oscuro y sucio cuarto de Matea, acostado sobre un montón de harapos y tirando de frío... Grité, llamando á mamá todo el tiempo que pude, porque tenía miedo otra vez... un miedo muy grande de estar solo; pero nadie me respondió... Quiéreme salir y hallé la puerta cerrada... En fin, Matea volvió acompañada del caballero alto, y se pusieron á hablar... Como no se ocupaban de mí, me dediqué fuera, y corrí á nuestra habitación... La cama estaba deshecha, y mamá no aparecía... Dos hombres pagaban tiritas de papel sobre los cajones de la cómoda y la puerta del armario... Les pregunté donde se habían llevado á mamá, y me respondieron que estaba muerta... ¡Muerta! ¿Y qué es morir? No lo sé, y ellos no han querido decirme... ¡Si tenían cara de malos!

Y levantando su rostro angustiado y bañado en lágrimas á la imagen de la Virgen, añadí:

—¿Vos madre mía, que sois buena, decidme donde hay que ir para encontrar á mamá...

No quiero quedarme con la anciana Matea, y me he escapado para venir á buscaros... ¿Me oís, María, Madre de Dios?

—Si te oye, hijo mío—murmuró una voz argentina á espaldas del afligido niño.

Volvióse á espaldas rápidamente, y vió una señora vestida de luto, arrodillada junto á él, que la sonreía dulcemente, y cuyos ojos estaban llenos de lágrimas: tenía la cara muy hermosa, y la voz tan dulce que llegaba al corazón.

—¿No te doy miedo? le preguntó.

—¡Oh! no señora, respondió Esteban.

Mas aferrado á su idea fija, mostró á la señora la imagen de la Virgen y preguntó á su voz:

—Si me oye, ¿por qué no contesta á lo que le digo?

—Porque me está hablando á mí.

—¿Y qué os dice?

—Que es preciso que to quiera mucho y reemplazo á tu madre, que, como el hijo mío, ha partido para el gran viaje de la eternidad.

—¿Y cuando volverán de ese viaje?

—Nunca; nosotros somos los que iremos á reunirnos con ellos, cuando sea voluntad de Dios...

—Entonces pronto, pronto, señora...

—No pidas nada... Ven conmigo; te enseñaré y me consolaré.

Y apretando al niño contra su pecho agitado por la emoción, levantó hacia la imagen, que parecía sonreírle, sus llorosos ojos, y murmuró sollozando:

—María, Madre de Dios, consoladora de afligidos; os prometo educarlo y hacerla el hijo de mi corazón, ya que plugo al Señor llamar á sí al hijo de mis entrañas... ¡Que su voluntad se cumpla y la vuestra también!

Después, levantándose, tomó á Esteban de la mano, cruzó el templo, salió á la calle y lo condujo hasta un hermoso carruaje que aguardaba, y que irrancó ligero como el viento, llevándose á los dos.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.

—Tím.







